

fuerza bruta, inconsciente, sólo produce los horrores de Setiembre, y en este caso la fuerza se llama Marat. Cuando la fuerza bruta se deja sentir, produce siempre el mismo efecto, el aturdimiento.

Francia después de los asesinatos de Setiembre estaba aturdida, y si el abandono en que el antiguo régimen dejó los intereses que se le habían confiado, dió por resultado, que no existiera en Francia una simpatía real por la causa caída, ni por el rey, ni por el trono, ese mismo aturdimiento era causa de que nadie se apasionara por la república, y que sólo existiera un deseo general, el de salvar la vida de los peligros futuros que amenazaban. ¿Y cómo no, si estaban aún en pié y armados, y en sus puestos los hombres que de tal manera habían aturrido á Francia?

Desarmar á estos hombres para que desapareciendo la amenaza renaciera la tranquilidad de juicio, esta fué, desde luego, la tarea del partido girondino.

Pudieron los girondinos creer, como lo creyeron los jacobinos, que Francia se había pronunciado en su favor. Pero en Francia la lucha de los partidos no tenían en aquellos momentos la significación que alcanzaba en París. En París se podía temer la lucha de los partidos revolucionarios entre sí. En provincias, en más de una tercera parte de ellas, lo que se temía era la lucha entre la reacción y la revolución; las elecciones, pues, no podían dar más resultado que el que dieron. Esto es, la elección de personas de opiniones moderadas, de personas capaces de hacer la pacificación por otros medios que los que se empleaban en París. Pero resulta casi siempre que estas personas, deseando huir de todas las exageraciones, y no deseando evitar más que esto, van de un lado á otro, ora prestando su apoyo á lo más demagógico como á lo más reaccionario. Es decir, que lo son todo menos un partido; que lo son todo menos una fuerza. Ejemplos: La Asamblea legislativa proclama la república, y sin embargo, los diputados monárquicos están en inmensa mayoría; las dos terceras partes de ellos eran realistas. La Convención está compuesta de anti-radicales, de casi girondinos, y sin embargo, entrega á los reyes de Francia al patíbulo y luego se entretiene en asesinarse. Disciplinar estas mayorías sin convicciones, es una empresa superior á la mayor parte de las inteligencias y de los temperamentos políticos.

Los girondinos habían en la Asamblea legislativa dominado siempre que se habían arrojado francamente á la lucha, pero porque en ella los girondinos no tenían contradictores de su valía. Ahora en

la Convención, los girondinos iban á encontrarse frente á frente de hombres de tanta capacidad y de tanta elocuencia como ellos. Esto sin contar con los desconocidos. ¿Quién podía saber si la Convención traía á la tribuna de Francia á un nuevo Vergniaud, ó á un nuevo Isnard?

Debían, pues, los girondinos organizar la Francia y gobernar, teniendo en frente á los recelosos radicales, y á su lado fuerzas movibles incapaces de sostener una lucha decisiva por sostener sus medidas de buen gobierno. Los acontecimientos, pues, iban á decidir de la suerte de la república, y aquí merece notarse, que cuando tanto y tanto había para que temer, todos los partidos, y este era el solo lazo de unión que les unía, estaban unánimes en provocar la guerra en todas las fronteras, es decir, á correr en busca de los acontecimientos más inesperados, más imprevistos y más difíciles de calcular y de prever.

Presentábase la guerra para el mismo gobierno hasta como una necesidad, en ella quería buscar ó pretendía buscar su seguridad y hasta su bienestar. Sin más recursos que los asignados que no valían más que el 40 por 100 de su valor, no era posible ni gobernar ni guerrear, por consiguiente si se imaginaba la guerra, se imaginaba como un pillaje, puesto que de ella había de vivir lo mismo el ejército que el gobierno ó la nación. Esto no era del gusto de Roland, pero éste tenía que ceder á sus colegas. El ministro de la guerra, Pache, lo encontraba muy puesto en razón, y Claviere muy necesario para llenar las arcas del Tesoro. Y el ministro de Estado, Lebrun, el más ardiente partidario de la guerra, creía que solo imponiéndose á todos los reyes de Europa podía la república considerarse segura. Claro está que todo se veía de color de rosa gracias al magnífico resultado de la primera campaña del ejército de la revolución, se creía de verdad que se había vencido á los veteranos del gran Federico y a los imperiales, nadie se daba cuenta, ni quería dársela, de que el hecho militar más importante de una campaña de seis meses había sido el cañoneo de Valmy. Nadie se preguntaba qué es lo que podría pasar, si Austria y el imperio y Prusia se decidían á hacer una guerra formal.

Robespierre, aún cuando siempre receloso de la guerra, no pudo resistir al entusiasmo general la presencia de los soldados de la república en Maguncia, era á la verdad para hacer perder la cabeza á los hombres más sólidos, y si creía por otra parte buena la guerra por la razón que la hacía estimar por buena á Claviere, él creía que este sistema debía

completarse obrando con la misma energía en el interior. Robespierre no pedía la seguridad, ni quería la seguridad de la república del ejército, sino del país. Republicanizar el país, hé aquí el plan y la preocupación constante de Robespierre.

Pero los jacobinos tenían poca ó ninguna participación en el poder, y debían influir siempre de una manera más ó menos revolucionario. Entre los jacobinos y los girondinos estaba Danton, y aunque éste no formaba ya parte del gobierno por ser miembro de la Convención, no por esto dejaba de tener en él una influencia preponderante, Lebrun era su representante en el gobierno, Servan lo era en la comisión de armamento, y podía considerarse á Dumouriez como su general en el ejército. Danton quería, pues, la guerra y no se le ocultaba lo que la guerra había de traer y tanto no se le ocultaba que no hacía un misterio de sus ideas. El entusiasmo del país por la guerra que tan fáciles y tan grandes triunfos proporcionaba le hacía temer el momento de un desencanto, de un contratiempo, y parecía que llegado este caso, como en el caso contrario de que un general marchara de victoria en victoria, la constitución de un gobierno popular era imposible en Francia, y que no había lugar más para una dictadura. La libertad, la democracia, la república dependían, pues, ya de que el dictador imitara á Washington en vez de tomar por ideal á César. El dictador, vino, pero como italiano que era, vino para imitar á César. Danton nunca pensó en la dictadura para sí; la veía inminente para otro, y esto es lo que explica algunos de sus desfallecimientos, cuando cree verle ya en lontananza. Así no tuvo que hacer gran cosa para convencer al gobierno de que lo que importaba era no tener al frente del ejército ni generales ambiciosos ni generales indisciplinados. Esta recomendación fué de aquellas que al poco tiempo de entrar en vigor parecen tradicionales, y en efecto, se hizo desde luego ya tan tradicional, que la guillotina se encargó repetidas veces de la tarea de impedir que hubiera al frente del ejército generales ambiciosos é indisciplinados, pero desgraciadamente no pudo exterminar la levadura.

Fuése, sin embargo, fácil en estos primeros momentos resistir al primer general que se creía haber hecho ya méritos bastantes para merecer la dictadura, Dumouriez, en quien todos veían una esperanza, y en quien solo Marat veía un Cromwell ó un Monck se presentó en París en apariencia para concertar el plan de la futura campaña, pero en realidad para pedir la dictadura militar que creía le aseguraría el entusiasmo popular que no le faltó,

pero el gobierno en masa le negó el mando superior de todos los ejércitos, en verdad tanto más difícil de conceder cuanto que Custine ocupaba el otro platillo de la balanza del favor público, pues si Dumouriez había rechazado al rey de Prusia, Custine había revolucionado el Rhin, y ocupado Maguncia y Francfort. Además Custine se mostraba celoso y obediente general á la vez que entusiasta republicano y en Dumouriez sólo se veía á un hombre imperioso más ganoso de mandar que de obedecer, y bastante indiferente por la cuestión política. Dumouriez tuvo, pues, que contentarse con el mando del ejército llamado de las Ardenas y con dejarle libre la llamada conquista de Bélgica, bajo la base de la independencia de este pueblo, pero todo esto á condición de apoyar á Custine, debiendo al efecto establecer su cuartel general en Colonia. A Kellermann se le separó de Dumouriez, pues, creía este general que á él correspondía la gloria entera de la campaña y sobre todo de la jornada de Valmy, y se le mandó que fuera á Coblenza para sostener y manobrar de acuerdo con Custine.

Dumouriez no podía llegar á Colonia sino atravesando la Bélgica, es decir, sin provocar una batalla que en verdad no temía. El enemigo se había concentrado bajo los muros de Mons, es decir, que habían verificado su reunión el príncipe Alberto de Sajonia-Taschen y Clerfayt, mientras el príncipe de Hohenlohe se ponía en situación de defender con sus 10.000 hombres el Luxemburg y Tréveris. Dumouriez juntó á su cuerpo el del general de Harville lo que le dió 40.000 hombres; apoyó su flanco derecho en el ejército del general Valence y su flanco izquierdo en el general Labourdonaye quien debía luego con sus 20.000 hombres penetrar en Flandes, y marchó resueltamente á la toma de frente de las posiciones austriacas. Habían los imperiales avanzado al encuentro de Dumouriez de modo que toparon ya con él en la tarde del 3 de Noviembre, y como precisamente Dumouriez había resuelto tomar la ofensiva, los austriacos hubieron de retroceder vivamente perseguidos hasta concentrarse todos en Jemmapes en donde habían levantado fuertes reducidos y sembrando de toda clase de obstáculos el paso de las montañas. Dumouriez ni un solo momento se contuvo. Desde que amaneció el 6 de Noviembre principió el ataque que preparó un violento cañoneo de las posesiones austriacas que no dió resultado alguno. Los austriacos obligados á defenderse á causa de la superioridad numérica del ejército francés, debieron limitarse durante toda la mañana á rechazar los ataques lo que conseguían fácilmente, pues, los que



les asaltaban volvían fácilmente las espaldas, y esto hizo que Dumouriez como Kellermann en Valmy se decidieran á atacar en persona para dar solidez y confianza á sus soldados. En este ataque le auxiliaron bravamente su ayudante Thouvenot que atacó los reductos de la derecha, mientras el general Felipe Igualdad, que no era otro que el duque de Orleans, miembro de la Convención, después de reunir y animar á algunos batallones del centro que andaban vacilantes, se arrojó con ellos sobre Jem-



Batalla de Valmy

mapes que era la llave de las posesiones enemigas, consiguiendo con su arrojo arrancársela á los austriacos. Siete mil hombres perdieron los imperiales, y 4.000 les costó á los franceses una victoria que fué decisiva para la campaña. Francia podía estar ya orgullosa de su ejército, y Dumouriez, contento por haber demostrado su capacidad militar, pudo ya ver cómo había de dar forma á sus ambiciosos proyectos.

Los resultados de la batalla de Jemmapes fueron

legios, ni Petion, ni Brissot, ni Condorcet, pudieron pasar en París, y fué de provincias de donde recibieron su mandato.

La agrupación de todos estos hombres en el seno de la Convención fué cosa fácil. De un lado,—la derecha,—los girondinos y cuantos querían hacer una república amable. Del otro lado,—la izquierda,—los montañeses, que este nombre tomaron los exaltados en la legislativa por haber formado un grupo que se sentaba en lo más alto de los bancos

de la extrema izquierda. Entre uno y otro partido aquella masa flotante y burguesa que ora se irritaba por las vacilaciones y nimiedades de la izquierda, ora por los atrevimientos y exageraciones de la derecha. Todos eran republicanos, oposición de principios no podía haberla, y en rigor no la hubo nunca, la oposición resultaba violenta y apasionada siempre por la cuestión de forma. A la violencia de los montañeses oponían siempre los girondinos los procedimientos moderados.



Batalla de Jemmapes

Dos funestas preocupaciones debían ser causa de la ruína de todos.

Veían los girondinos al frente de la montaña á la diputación de París, y confundían la montaña y la Comuna en un solo grupo, y sin embargo, entre Marat de una parte y Robespierre y Danton de la otra mediaba mayor distancia que entre Marat y los mismos girondinos. Así al pretender la Gironda con razón garantías contra la Comuna de París, las pedía contra hombres que pudieron ser y fueron sus cómplices el 2 de Setiembre, pero sobre cuya conciencia pesaban los crímenes de aquellos días con toda su enormidad. Revueltos y confundidos los elementó radicales ante los ataques girondinos, se defendían acusándolos de federalistas, de querer divi-

dir á Francia en cien repúblicas, y esto no tenía más fundamento, que el natural y legítimo deseo de prevenir para lo futuro las imposiciones de la Comuna de París. ¿Había base para una conciliación?

De ser posible la conciliación, ésta debía ser entre los girondinos y los dantonistas, pero Danton era el espectro rojo de los primeros. Razón no les faltaba, pero la política debía exigirles que dominaran sus escrúpulos y sus repugnancias. ¿Acaso no habían perdonado á los asesinos rojos y blancos de Aviñón no menos odiosos que los setembristas?

Nosotros creemos, sin embargo, que las cuestiones personales fueron las que decidieron. Entre Brissot y Robespierre había derrotas de amor propio que vengar, y los hombres rara vez se hacen

extraordinarios. Dos días después de la batalla, Mons se rendía, y ocho días más tarde entraban en Bruselas los franceses, esto mientras el general Valence avanzaba sobre Namur, y el general Labourdonnaye se dirigía á través de la Flandes sobre Anverses. Por todas partes cedían los austriacos, y las más fuertes plazas se rendían sin combatir. Dumouriez parecía el dueño de Europa, y sus ochenta mil hombres parecían centenares de miles de soldados. ¿Qué camino iba ahora á emprender el ejército?

El ejército había caído de la manera más inopinada en manos de la demagogia. El ministro de la guerra del 19 de Octubre, el que substituyó á Servan, no obedecía ni á los girondinos, ni á los cordeleros, ni á los jacobinos, ni Vergniaud, ni Danton, ni Ro-

bespierre, tenían con él influencia, su consultor, su ninfa hegeria era Marat. Veamos cómo esto sucedió y sus consecuencias.

Setecientos cuarenta y nueve diputados contaba la Convención nacional. De los de la Asamblea legislativa tenía en su seno ciento ochenta y uno, y no faltó ninguna de sus grandes ilustraciones liberales. De los antiguos constituyentes volvieron al Parlamento setenta y siete, con los primeros republicanos Petion y Buzot, entraron Robespierre, Sieyès, Rabaut-Saint-Etienne, Gregoire, y como ya hemos dicho, el duque de Orleans. Los jefes de clubs tuvieron también su asiento. Danton, Desmoulins y Marat, iban á tener por tribuna la tribuna de Francia. Pero no todos los jefes de la revolución volvían al Parlamento elegidos por sus antiguos co-